



# La posibilidad de una escultura



Maniquí de Louis Calhern colgado en el armario durante el rodaje de *Julio César* de Joseph L. Mankiewicz, 1953. (Fotografía: John Swope / Time Life Pictures / Getty Images)

*Federico Vite*

MARCOS APRETÓ LAS AMARRAS Y CONOCÍ LA TRANQUILIDAD que antecede a la muerte. Su rostro era inescrutable, cada uno de los movimientos que ejecutaba con los brazos tenía esa precisión mecánica de las grúas. Sonrió con frialdad; quizá siempre lo hizo de esa manera, pero esta vez no me fue indiferente aquel gesto.

Días atrás nos fuimos de parranda. Marcos perdió el sentido en las piernas de una señora entrada en años y carnes, contratada especialmente para la ocasión; yo, junto al refrigerador. No supe qué pasó. Me puse de pie, seis horas más tarde, y salí rumbo a mi departamento. Tomé un taxi; en media hora ya estaba reposando la cruda en mi cama, bajo el resplandor doméstico de los noticiarios matutinos transmitidos por el televisor. Al despertar vi el reloj: 02:55 PM. De ninguna manera consideré trabajar; pero los volantes y las tarjetas de presentación del mejor de mis clientes debían entregarse en unas horas. Tuve que ir a mi local para empacar el pedido; mi aspecto, ya con lentes oscuros, no era tan escandaloso como supuse. Un par de chicles pusieron cierta sobriedad a mi aliento. Era un día nublado, el viento anunciaba la humedad de una

tormenta. Terminé de envolver los dos paquetes justo cuando la campanilla de la puerta principal del negocio sonó tímidamente. Recibí mi dinero; un apretón de manos y volví a casa. Me di un baño; estuve oyendo música durante un par de horas.

Fábrica de maniqués en West Molesey, Surrey, 1959. (Fotografía: Ray Moreton / Keystone Features / Getty Images)



En la noche recibí la llamada telefónica de Marcos, se oía un poco asustado. Encontró manchas de sangre en la pared del baño. A lo mejor la mujer que llevamos a casa estaba menstruando, dije, pero la explicación no fue muy convincente. Me pidió, con algo de ternura en su voz, que viviera con él unos días mientras quedaba claro de dónde había salido la sangre. Argumenté que no era muy limpio: dejaba los calzones tirados en el baño; incluso expliqué que no podía dormir con la luz apagada. Pude haber dado una lista interminable de pretextos. Él sólo agregó: por favor, amigo, necesito ayuda.

Ya en casa de Marcos, comimos pizza. Charlamos de la fiesta pasada, cuando contratamos a esa mujer alegre, un tanto vulgar, pero dotada con un cuerpo magnífico. Dimos un rondín por la casa; esa fue la segunda vez que yo recorrí el amplio departamento antiguo; entraba poca luz, pues todas las ventanas habían sido tapiadas. Me dirigí al baño para ver la mancha de sangre; era pequeña, pero ciertamente temible, daba la impresión de representar un símbolo maléfico. Salvo ese detalle rojizo, no había nada extraordinario en la habitación: jabones negros, toallas, papel y una tina perfecta para reposar. Escuché un poderoso trueno. Sin lugar a dudas la lluvia había comenzado.

Marcos me pidió que lo acompañara a un cuarto al final del pasillo. En esta parte de la habitación, el frío era casi insoportable.

—Mira, ¿qué te parece?

Descubrí el cadáver de un hombre pendiendo del techo; daba la impresión de que en cualquier momento

abriría la boca para nombrarme. La cuerda, vieja sin lugar a dudas, apretaba el cuello de tal forma que la piel había adquirido un tono amoratado.

Marcos puso su mano sobre mi hombro.

—Ese muerto está aquí desde hace diez años, es el verdadero dueño de la casa. Se suicidó y aquí sigue —dijo.

Argumentó que el colgado funcionaba como uno de esos talismanes que incrementan la energía y protegen a quien lo porta. Comenzó a reírse sin control.

—Es una escultura. Yo la hice, Jonás. No es un muerto —afirmó entre carcajadas.

Vi los zapatos de eso que parecía un cadáver, uno de ellos tenía un poco de lodo en el tacón. Di media vuelta y regresé de inmediato a la sala de aquella casa oscura y decimonónica, edificada en La Mira.

En pocos días entendí que el colgado era inspirador para mi compañero. Marcos confesó que esa escultura era un motor capaz de multiplicar sus ideas cuando trabajaba en algún diseño; por lo menos, a él le había funcionado de maravilla. No fue mi caso.

Si algún auto transitaba por el puente contiguo al edificio, el colgado parecía agonizar, temblaba

como si aún tuviera el alma en la garganta y precisamente en ese momento Marcos ponía en el papel los movimientos sugeridos por el cadáver, líneas y curvas en completa armonía. Nunca supe por qué las sacudidas ejercían tal influencia en mi colega, era como si ese péndulo le inyectara una furia creativa impresionante. La primera vez que vi ese espectáculo de oscilaciones violentas comparé a la escultura con los gusanos que anidan en las cuencas vacías de ciertos animales putrefactos.

Marcos explicó que el proceso creativo para darle un toque realista a su obra de arte consistió en revestir de cera un esqueleto de plástico; trabajó durante años en la fisonomía del rostro, en los dedos y, en especial, en el cuello, esa parte realmente parecía la de un humano. Si observabas bien, podían verse algunas venas azuladas.

Cada vez que hablábamos de la escultura, el tono de voz le cambiaba, era como si sus cuerdas vocales enfriaran todas las palabras hasta convertirlas en sonidos cavernosos. Más que hablar, gruñía. Algo de bestia mostraba en el brillo de su mirar.

La mancha desapareció. Ninguno de los dos supo cómo, pues ni él ni yo limpiamos esa evidencia, por nombrarla de una forma, del baño. Pensé que pronto regresaría a mi departamento.

Esa noche me acosté en el sofá con todo y los zapatos puestos. Había tenido una jornada pesadísima. Me pareció oír que una varilla crujió. El sonido venía de la habitación al final de pasillo. Supuse que algún ladrón andaba en aquel cuarto y abrí la puerta de golpe: el colgado se movía como péndulo. El espectáculo era hipnótico; prácticamente toda

la escultura se mecía de un lado a otro con furia; los zapatos casi golpeaban el techo. Abandoné el cuarto. Regresé al sofá. Necesitaba dormir y lo hice; mis sueños fueron acompañados por el tronido de las vigas.

Al día siguiente, el timbre del teléfono me despertó. Marcos dijo que había perdido su cartera en una cantina, que no tenía dinero para pagar sus cervezas. Necesitaba mi ayuda para liquidar la cuenta. Antes de colgar el auricular, me dio la ubicación exacta del sitio en el que estaba. Comencé a sentir la necesidad de ver al colgado; fui al estudio y observé cómo el rostro enfatizaba la expresión de horror, no poseía esa tranquilidad de días anteriores; algo de oscuro, como la muerte, se veía en aquel modelo. Deduje que si yo fuera el ahorcado, me vería temible.

Un taxi, vocho viejo, me llevó a la cantina. Pagué la cuenta y regresamos a casa en el mismo auto. Marcos seguía ebrio. El conductor, un tipo con la mirada perdida —uno de sus ojos estaba completamente



blanco— manejaba con mucha calma, incluso llegué a pensar que se trataba de un zombi.

Después de comer fui al trabajo con la intención de hacer unas llamadas para incrementar mi cartera de clientes, aunque desafortunadamente no encontré a nadie. De noche, ya con un poco de fastidio, tomé unos whiskies en casa. Creo que me acosté ya pasada la medianoche. Me pareció ver que Marcos leía uno de esos libros de anatomía que tanto le gustan. No quise platicar con él. Dormí sin complejos y de un solo golpe.

Ayer apareció otra mancha de sangre en la colchoneta donde Marcos suele recrear su imaginación con textos de Vesalio. No hicimos comentario alguno. Yo estuve durante horas observando al colgado; Marcos trabajaba en un diseño especial, el logotipo para un nuevo sitio de taxis. Bocetaba cuando, a lo lejos, vi un par de orificios diminutos en su cuello. Me acerqué con el pretexto de dar algunas sugerencias sobre el bosquejo, aunque en realidad trataba de saber si por esos hoyos había escurrido la segunda mancha. De reojo, mientras mi dedo índice señalaba el dibujo en proceso, comprobé que había dos perforaciones en esa piel oscura. Deduje que las manchas aparecían cuando Marcos se iba de parranda y, en ese instante, como si leyera mi pensamiento, me retó con la mirada. Estuvimos observándonos varios segundos. Sentí que podía conocer mis ideas sólo con verme. Quise irme, pero no supe por qué me quedé; mucho menos, por qué le pedí un cigarro y fumamos en silencio durante algunos minutos.

Ya entrada la noche, escuché los ruidos de las vigas. Supuse que el colgado oscilaba de nueva cuenta y corrí al estudio. Marcos se encontraba de espaldas a la puerta; me pidió que volviera a la sala. Se oía molesto. Alcancé a distinguir la mano de alguien junto a él. Volví al sofá, pero sólo para ponerme los zapatos; metí algunas de mis playeras en la mochila y decidí volver a casa. Me sentía ofendido, pero no pude precisar por qué. Marcos, desde que lo conocí, siempre fue muy extraño.

Nos hicimos amigos en una cantina; donde hace un par de semanas casualmente coincidimos y contratamos a esa chica. A decir verdad, no sé mucho sobre él. Me ha platicado de sus novias, de su elección por el diseño gráfico, pero nada más. Ni familia, ni amigos afloran en sus charlas, sólo mujeres mayores de cincuenta años, alegres y de cadera amplia. Especialmente, tiene una debilidad por chicas de piel clara.

Cerré la puerta del departamento y descendí las escaleras rumbo a la calle. Vi decenas de autos transitando a toda velocidad por el puente contiguo a la casa de Marcos. El mismo taxi, vocho viejo, me alejó de ahí. Pensaba en la forma de obtener más clientes, de ganar un poco más de dinero y, especialmente, en la urgencia de tener una novia. Me hacía falta una mujer. Al final del viaje, di las buenas noches al chofer, pero no contestó. Aquel hombre de movimientos lentos mantuvo la boca abierta, sin expresión alguna en el rostro, cuando le entregué unas monedas. Sentí que algo se liberaba dentro de mí al poner la llave de mi departamento en la chapa y giré la muñeca.

Hoy desperté temprano. Fui a mi negocio; al verlo noté un aire triste en el local, como si estuviera descuidando mi pequeña empresa. Limpié el escritorio de recepción. Puse un poco de incienso de canela. Respiré profundo. Con ese pequeño detalle, me sentí un poco más tranquilo. Pensaba en el colgado y en ese momento llegó Marcos. Ofreció disculpas por la escena de anoche. Dijo que se sabía enredado con una mujer casada y, a petición de ella, decidió no abrir la puerta del estudio. Sugirió que nos viéramos en el bar de siempre. Él invitaría cervezas y mujeres. Asentí con poca convicción. Pactamos vernos a las 11:00 PM.

Regresé a casa sin remordimiento alguno por no ir al bar. Quería dormir. Pensé en el colgado; soñé con él. Me despertó un ruido en el baño de mi habitación, la única parte de la casa con ventana a la calle. Bostezando entré a ese cuarto; alguien me derribó. Caí sobre los azulejos fríos; sentí el piquete de una aguja en mi cuello. 